

Fün, una semilla con historia

Claudia Mellado Ñancupil¹

“Este relato real, pretende graficar en una pequeña medida, la inseparable relación que ha existido hasta nuestros días, entre las huerteras mapuche y su semilla, pese a una historia de siglos de injusticias, guerras y despojo. Han sido las mujeres las protagonistas de la huerta, desde siempre, en una complicidad mutua que asombra, heredada entre madres e hijas, entre abuelas y nietas, manteniendo en este duro, pero claro andar, la base misma de nuestra vida, nuestro alimento fundamental, la semilla, para el mapuche, Fün”.

Hubo un tiempo, en que la tierra era solo rocas filosas, allí habitaban espíritus que por sus ansias de poder fueron castigados por los Antupaiko, seres poderosos y ancestrales que forman el origen y equilibrio de la vida. La tierra, era fuego y pillanes hasta que la estrella más bonita descendió en forma humana, le llamamos Wanglen, aquella que en su largo caminar por el Nag Mapu (la tierra que habitamos) hizo la alianza más bella y trascendente para la humanidad, la Wanglen, con sus cantos y amor por la vida, despertó a la poderosa Ñuke Mapu (madre tierra) y juntas nos entregaron aquella valiosa herencia que trasciende toda generación, nos dejaron a Semilla o Fün, como le conocemos en la voz de nuestros abuelos.

Tiempos muy lejanos, tanto que sólo parecen un mito. La tierra ha dormitado en un trance de dolor, ya no nos mira porque nosotros no la miramos. Olvidamos a Wanglen, olvidamos que la Ñuke Mapu se convirtió en madre cuando nos compartió a sus hijas.

Pese a ello, en la diversidad de los territorios no todo estaba perdido, hubo quienes en aislados prados mantuvieron su herencia, la historia silente de lucha por resistir y sobrevivir. Allí, sigilosamente las pequeñas semillas brotan ciclo tras ciclo aportando con su energía a la salud, alimentos y conexiones espirituales en las manos campesinas que valientemente les cuidan. Allí, esperan con esperanza el día que vuelvan a ser valoradas para regresar y correr libres por los campos, tal vez incluso puedan liberar a sus hermanas que encerradas y medio congeladas permanecen en los bancos de investigación hace tantos años.

Será fortuna pues, quien hizo que poco a poco, los caminos de estos campesinos se fuesen uniendo en una ruta de reaprendizaje, de compartir saberes, sabores, semillas, historias y secretos que hoy desbordan sus huertos trayendo nuevamente a estos tiempos a aquellas dejadas en el olvido de tantos otros.

Sucedió entonces, que la Wanglen puede contarnos nuevamente un secreto: *“Semilla ha vuelto, con ella la Ñuke Mapu empieza a despertar en cada huerto que sus hijas habitan”.*

Un canto se oye a lo lejos – *Parece un susurro. ¡oh! Creo que me arroparon. ¡estoy en los brazos de mamá tierra! ¿qué hago? ¿Sigo durmiendo o comienzo a salir de mi embrión? Parece que mi sueño fue largo* - Muchos pensamientos se cruzaban por la mente de Fün y no estaba tan equivocada, habían pasado cincuenta años por lo menos desde que su antecesora planta la había dejado como semilla en manos de su agricultora. – *¡Abhh! Que dulce voz ¿quién será?* – y entonces la curiosidad de Fün la hizo asomarse.

¡Abuela! ¡Abuela! Mira, hay un pastito que ya creció – corría exaltada una pequeña niña junto a un estero. Poco más allá, sobre un trabajado cuero que protegía sus rodillas, estaba la anciana trasplantando tomates y ajíes.

Son porotos Linen. Recuerda que eso sembramos juntas hace unos días – señala la abuela mientras acude a ver el cultivo recién germinado. – *Mira Linen, naciste con buena mano para la siembra, esta semilla es muy vieja, yo la sembraba y comía cuando era niña como tú. Era de mi mamá y de mi abuela, está en estas tierras desde antes que nosotras. No hace mucho que la encontré, la tenía arrinconada entre los viejos cántaros de greda*” – sonriendo abraza a su nieta y agrega – *Esta semilla quiso brotar contigo ¿recuerdas que hay que cuidarlas y cantarles? Ellas sienten y oyen todo. Ahora*

¹ Fundación Biodiversidad Alimentaria. Correspondencia a: biodimentaria@gmail.com

tú acompaña la hasta que sea grande, así sabrás cómo es en cada momento de su vida. Así aprendí yo, así también puedes aprender tú – Liwen, la pequeña niña, está sorprendida, nunca antes su abuela le había hecho un encargo en la huerta. Recordaba, que desde hace mucho solía acompañar a su abuela en la huerta, medio jugando, medio aprendiendo. Con sus negros ojos mira a su abuela y a su nuevo descubrimiento. Hoy, a su corta edad, tomaba conciencia de que esa pequeña y muy colorida semilla que tuvo en sus manos, podía transformarse en planta, eso lo había visto muchas veces, pero esta vez, su corazón le decía que era algo importante, que ahí había vida. Como ella misma, ese poroto podría crecer si ella lo cuidaba bien.

Pequeños cristales de hielo cubren el verdor fuera de casa, hace algo de frío esa mañana, pero el calor de la cocina y el sonido de las teteras anuncia que hay suficiente calor para salir de la cama y desayunar. Liwen, somnolienta mira por la ventana. De pronto, pide su abrigo. - ¡Mamá! Tus porotos no están contentos, míralos. Tengo que ir a la huerta de mi abuelita. ¡mis porotos mamá! Tengo que cantarles y sacudirles el hielo – sus hermanos ríen ¿qué va a saber una niña de plantas?

Hija, el tiempo está así ahora, antes la última helada era casi exacta, sabíamos cuando vendría y esperábamos a que pasara para trasplantar. Ahora todo ha cambiado, el año pasado perdimos buena parte del cultivo por esto – suspira la madre de Liwen. Era cierto, el año pasado había sido duro en los campos, las repentinas heladas mermaron la producción por más que agregaron los regalos de la municipalidad, las plantas no aguantan. Una helada va más allá que nutrir artificialmente el suelo.

Liwen preocupada permanece en casa, esta mañana no podrá ir donde su abuela mientras no desaparezca el hielo. – *Es bonito. Parece que las plantas brillaran, pero se ven tristes. ¡Brrrrrr! ¡Que frío hoy amigas!* – Fün ha despertado, es su primera helada, ya tiene un par de hojas que sacude suavemente para estirarlas por completo. A su alrededor sus amigas confundidas cuchichean – *¿Habían visto algo así?, dice el tío Pallar que lleva más tiempo aquí, que los abuelos manzanos le contaron que antes esto no sucedía. El tío Pallar no habla mucho, pero también dijo al atardecer de ayer, cuando el cielo se tornó violeta, que hoy muchas no despertaríamos y que otras difícilmente volverían a crecer* – asustada Fün, comenzó a ver como en el huerto vecino se oían lamentos que poco a poco se apagaban, sus amigas, esas que eran

iguales unas a otras se iban. Tuvo miedo, el sol se acercaba a las demás y comenzaban a llorar. Por primera vez el miedo al chachay Antü venía a ella.

En tanto, alguien golpeaba la puerta en casa de Liwen, era su abuela que llevaba tortillas de rescoldo recién sacadas del fogón. Angustiada, Liwen irrumpe en la cocina y llena de preguntas a la anciana. Teme que sus porotos pasen por el mismo camino que los de sus padres el año anterior y, como lo harán seguramente los de ahora, esos que se ven por la ventana. – *No hay mucho que hacer mamá, este año será igual, tendremos que pedir invernadero para sembrar o mejores semillas, a lo mejor hay nuevas en la semillera. Ojalá venga pronto el asesor – sentencia la madre de Liwen a la abuela, quien sarcástica señala – ¡tus semillas necesitarán ese plástico! las más sufren un poco, porque estas heladas no son normales, pero aun así se sacuden los hielos y siguen creciendo* – sonrío y mira a Liwen – *aquí te traje unas tortillas calientitas mi niñita. No te preocupes por tu siembra, estará bien* – y con una voz más suave haciendo ademán a un secreto, agrega – *Nuestras semillas tienen fuerza, ellas vienen desde que en la tierra no había nada. La helada repentina les afecta un poco, pero se recuperarán pronto. El chachay Antü y la papay Kiiyen les cuida y dan energía, no lo olvides.*

El mediodía ya ha pasado y el sol ilumina todo, algunos rincones siguen ocultos en la sombra de los árboles, pero el calorcito ya comienza a subir, el silencio se ve interrumpido por pequeños pasos acelerados que van hacia la huerta. Liwen contiene la respiración, toma una bocanada de aire y comienza a cantar suavemente mientras abre el portón que protege el espacio. Allí medio asustadas, medio asombradas, confundidas y algo somnolientas, las plantas comienzan a mover sus hojas para saludarle. Liwen comprende que han pasado un duro momento, pero que parecen haberlo superado, sigue cantando, pero esta vez con más alegría. – *Llegó Liwen, miren. Parece que no nos fuimos como las demás. ¡Seguimos aquí un poco tullidas Liwen! pero cántanos para bailar de a poquito y recuperar nuestra fuerza* – Fün sabe que Liwen no le oye, pero también que puede sentir su energía. Ellas están conectadas y perciben cuando están felices o no – *Me parece que esa chiquilla será la que nos proteja cuando la abuela se vaya* – es una ronca voz que poco se oye en la huerta. El señor Pallar ha decidido hablar después de mucho tiempo.

¡Oiga tío! pensamos que ya no quería compartir con nosotras – ríen las calabazas, kinwas, maravillas,

papas, ajíes y otras más especies de la huerta. Es que el poroto Pallar no es de muchas palabras, usa casi toda su energía en crecer y crecer abrazando a todo lo que se le aproxime, además es de vida más larga, así que sus historias cuentan más, porque ha visto más.

En medio de un tablón floreciente, mientras Liwen sigue cantando, Fün toma valor y se dirige al poroto Pallar – “Tío Pallar, soy yo, la semilla más joven de la huerta, broté al último acá en mi tablón. Liwen me sembró...” – no alcanza a terminar su presentación cuando Pallar le interrumpe – *¿La más joven tú? ¡La última en brotar sí! Pero no me extraña, estabas allí olvidada y dicen que las que pasan mucho tiempo como tú, tardan un poco más que el resto en germinar. Pero eres mayor que todos aquí, incluso más que el ciruelo, seguro que eres de la generación del abuelo manzano. Eso supe de mis abuelos que conocieron a tus padres* – Fün no lo podía creer, nadie lo podía creer, ¿cómo era posible eso?, ¿acaso la vida puede tomar esas grandes pausas? Pero sus amigos del huerto vecino le habían dicho que todas tenían la misma edad en grano, que la diferencia era el brote y entonces ella, era la más joven y por eso siempre la molestaban – *¿Antigua yo? ¿cuánto dormí?* – había tantas preguntas como susurros alrededor – *Vaya, vaya, me preguntaba cuando les darías la noticia Pallar. Pensé que no querías perder tu sitio de antigüedad, ya veo que no es así* – Es el viejo manzano que limita entre las huertas de la abuela y mamá de Liwen. Un manzano añoso, de esos que ya no se ven por los campos. Testigo mudo de los cambios en la huerta de la familia.

Ayayaii pequeñas, ¿cómo no se han dado cuenta?, las vecinas que hoy se fueron no se parecen a ustedes. Ellas son todas iguales, necesitan que les den una comida que las hace crecer y que no las alimenta, por eso son débiles y no aguantan nada. Hablan mucho, como la gente que las trajo, pero cuando llegan las pruebas de cada año, las veo perderse por allá – señala la huerta de la madre de Liwen – *En cambio ustedes parecen el secreto mejor guardado de la abuela, siempre crecen, siempre dan alimento, la abuela las cuida desde que mis padres aún vivían y yo apenas tenía un par de años.* – un suspiro detiene su relato que en silencio oyen en la huerta – *Pobre abuela, parecía triste el día en que su hija cambió las semillas por esas de regalo que le trajeron. Recuerdo esa tarde en que la mujer y el hombre se las pasaron al que llaman asesor, nunca más las vi, la abuela tampoco. Por esos días, yo aún podía cargar muchas manzanas, no como ahora que voy perdiendo fuerza, así que me estiré con la ayuda del viento y vi cuando la abuela escondía sus semillas, seguro allí se escabulló Fün. Supe entonces que eran nuevos tiempos, que tal vez no serían buenos para nosotros.*

Era la historia de la huerta, ese abuelo manzano, cuyos ancestros llegaron hace siglos de tierras lejanas y que sólo las había observado en silencio, hoy decidía contarles su historia. El asombro la tenía perplejas, ellas tan ruidosas y danzarinas no movían ni un ápice de hoja.

Ya pintada la papay Küyen en el cielo, Liwen le pedía a su abuela que le explicara por qué sus plantas son tan distintas, por qué tienen tantos colores, por qué son sus comidas más ricas – *Nosotras Liwen, somos gente de la tierra, vivimos de ella. Si la cuidamos y protegemos, nos cuidamos a nosotras mismas y a las pequeñitas que como tú vienen después. La tierra nos da todo para vivir bien y con salud, hace muchos años nos compartió la semilla que alimenta a la familia. Son semillas ancestrales, cuando pienso en ellas, siempre recuerdo algún momento vivido con mis padres, mis abuelos, mis hermanos. Son semillas que usamos desde siempre no sólo en nuestra mesa, también cuando nos reunimos con la comunidad en ceremonias. Son semillas con más colores, porque sus nutrientes y sabores son distintos e intensos, por eso las encuentras más sabrosas. Antes estaban en todas las huertas, en las ferias del pueblo también, pero han ido desapareciendo, las han tirado y cambiado por algunas como las que hay en la huerta de tus padres. Son semillas nuevas que hacen por negocio, a mí no me sirven porque no tienen sabor, no me alimentan y más encima son débiles en la tierra. Hasta contaminadas con preparados tóxicos vienen a veces. Por eso he mantenido mi semilla antigua y espero que tú me ayudes y las ayudes a ellas a seguir viviendo. No sólo porque te lo estoy pidiendo, sino también para que mañana puedas dejarles a tus hijas, hijos y nietos la misma herencia que yo te dejo a ti* – El brillo en los ojos de Liwen, le da confianza a la abuela que cree que por fin ha encontrado quien pueda recibir las semillas que con tanto recelo ha cuidado y mantenido.

El ciclo casi termina para la mayor parte del gran huerto: porotos, tomates, lechugas, arvejas, maíces, zapallos, calabazas, ajíes, todo ya casi está cosechado, sólo las kinwa esperan su secado de grano. Algunas semillas fueron directamente a la mesa, embelleciendo con sus colores los platos y nutriendo con sabores intensos y salud a la familia. Otras, van quedando en la guarda con diversas técnicas de secado y conservas – hay que apeararse para el invierno – señala la abuela. Y llega el momento de las más fuertes, bellas, resistentes

y esperadas, las semillas que darán vida a la siguiente temporada, llegó la hora de cosechar para sembrar - ¡Wow! El señor manzano tenía razón, miren como nuestros colores cambian ahora que hemos vuelto a ser semilla. Pensaba que sólo mi vaina luciría distinta un tiempo, o mis flores que rapidito se fueron, pero no, ¡somos todas distintas! Y parece ser que fuimos las mejores, porque la abuela nos cosechará ahora, cuando los días se van acortando - era el cuchicheo del día, todas nerviosas en sus plantas, esperando graduarse de semillas. Y allí, en medio de ese tablón, Fün en silencio comprendía que su vida era preciada. Ya había oído toda su historia, la de sus hermanas que desaparecieron en los años que llegaron las nuevas, posiblemente seguiría sucediendo. Estaba feliz de haber sido una vigorosa planta y haberse convertido nuevamente en semilla, esta vez multiplicada para la siguiente huerta. Estaba también algo triste, cuando frente a ella, Liwen posó sus

ojos, era su turno - *Gracias por cuidarme Liwen, ojalá mis hermanas hubieran tenido la misma suerte que tuve yo al permanecer oculta y caer en tus manos* - Liwen tomó cada vaina, dejándola cuidadosamente en su canasta. Quería ver el verdadero color de Fün, pues su abuela le contó que las semillas con los años se oscurecen, se oxidan, pero permanecen vivas, sumidas en un sueño que acaba con tocar la tierra.

La cosecha fue buena por acá - decía la abuela mientras el mate circulaba en la mesa. Ya era tarde, Liwen comenzaba su transitar al sueño, en sus manos una bolsita de tela guardaba la cosecha de la que había sido su primera compañera de huerta. Afuera, los Ngen susurraban contentos - *Parece que tendremos una nueva guardiana aquí, ha sido dedicada y cuidadosa, merece un regalo* - Y esa noche, la papay Küyen sopló sobre la pequeña niña el sueño que Liwen jamás olvidaría, esa noche, Liwen y Fün se conocieron.



La felicidad de Liwen, junto a su abuela, abuelo y hermano.